

Saturada. La pequeña Irene estaba saturada. Había tenido suficiente con tener que escuchar en el baño de chicas del colegio cosas como “el tamaño si importa” y “las mujeres somos más zorras que los hombres”. ¿Qué clase de niñas eran esas que hablaban de cosas que ella ni siquiera imaginaba que existían? ¿El tamaño de qué? Evidentemente una muñeca enorme era mucho más atractiva que una simple Barbie, pero Irene intuía que no eran precisamente las muñecas a lo que se referían las niñas mayores. Y tampoco estaba dispuesta a averiguarlo. Su vida era perfecta: en el colegio buenas notas y buenos amigos, en casa dibujos animados y una mamá que se desvivía por mimarla. Se auto convenció de que por el momento, no quería complicaciones.

Así que cruzó el umbral de la puerta de su casa con ganas de sentarse frente a la tele, como tantas otras tardes. Irene disfrutó de una animada sesión de una hora de duración que incluía Pato Donald, Micky Mouse, y Pluto. Justo sus favoritos. Aunque ciertamente no estaba de acuerdo con que al pobre Pato Donald siempre le salieran mal las cosas. Una vez imaginó cómo sería su vida si tuviera tan mala suerte: a la mierda sus planes de boda e hijos. ¡Y mamá se enfadaría mucho si no consiguiera casarse!

Cuando acabaron los dibujos, quiso salir a jugar un rato a la calle antes de que oscureciera. Pero su mamá la detuvo y la obligó a hacer los deberes del colegio. Siempre era igual. Irene sabía que podía manipularla, que con ponerle caritas adiós deberes hasta que subiera de la calle, pero como de costumbre, terminó por ir a su cuarto para hacer a regañadientes las cuatro cuentas matemáticas y las dos oraciones de relativo que le habían mandado.

Acabó en apenas 10 minutos, pero ya no tenía ganas de salir a jugar. Quizás leyese algo, quizás jugara con sus Barbies, quizás se fuese a ver una de sus numerosas películas de Disney en la que siempre la princesa necesitaba un hombre para ser enteramente feliz... A saber. Tenía infinidad de opciones para pasarlo bien antes de ducharse, cenar, e irse a su cama de color rosa.

Diecisiete años más tarde, Irene se pregunta cómo se las arreglaba para que su vida fuera tan sencilla. A veces odia la imagen que recuerda de sí misma cuando era niña: una pequeña encantadora, sin más preocupaciones que la de con qué se entretendría, y con las cosas férreamente claras. A veces la odia tanto que desea con todas sus fuerzas volver atrás y obligarse a sí misma a abrir los ojos mucho antes de lo que lo hizo. Pero sabe que esos deseos no son productivos, y lo único que le falta es añadir más cosas improductivas a su vida.

Irene ya no ve las películas de Disney; toda su vida es tan diferente a una película de Disney que le resulta ridículo imbuirse en una de ellas. Tampoco juega con muñecas, solo con hombres, y son juegos tan peligrosos para su integridad emocional que a veces se marea cuando lo piensa. De vez en cuando se despierta en una cama ajena, y cuando recupera la capacidad de orientación, se da cuenta de que ha pasado la noche con otro hombre desconocido bajo la excusa de buscar a su gran amor. “No importa,” se dice a sí misma, “para encontrar hay que buscar, mi mamá me lo enseñó”. Acto seguido llora, y las semanas siguientes las pasa esperando la llamada de alguien que nunca lo hará.

Ciertos días cobra un poco de lucidez, y repasa su vida capítulo a capítulo. Cuando llega al actual, piensa con frialdad en su trabajo autómatas y mal remunerado, en su casa de paredes desconchadas, y su interminable lista de “posibles grandes amores”. Entonces llega a la conclusión de que tiene tan mala suerte como el Pato Donald. ¿Dónde está su príncipe azul, aquél que se iba a encargar de trabajar en algo importante mientras ella cuidaba de su casa y

## ¡SÉ UNA MUJER!

sus hijos? El tiempo va pasando, e Irene no quiere ni pensar en la posibilidad de que esos sueños no se cumplan.

Afortunadamente, sigue conservando la misma capacidad que tenía de pequeña de hacer desaparecer en un segundo pensamientos desagradables. Así que se viste elegante y se perfuma para salir a mezclarse con la noche en búsqueda de otro posible gran amor, recordando siempre las palabras de su madre “¡Sé una mujer!”

Laura de la Concepción Mayea